

Entrevista a Carolin Emcke

«Estamos presenciando un nihilismo epistémico donde la realidad es reemplazada por opiniones “pro-y-contra”»

NURIA DEL VISO

Periodista, escritora y filósofa, la multifacética Carolin Emcke es una de las principales voces del panorama intelectual y cultural en Alemania y en Europa. Columnista del diario Süddeutsche Zeitung y de El País, ha combinado el periodismo como reportera internacional y de guerra con un lúcido análisis de la realidad, principalmente a través de la denuncia de la violencia y de las cuestiones de odio, xenofobia y el odio a quienes se identifican como LGTBIQ+ –a la que ha dedicado sus libros Contra el Odio (Taurus, 2017) y Modos del deseo (Tres puntos, 2018), al que se suma su último libro, Journal (2021)–, y en defensa de los derechos humanos. Su labor y compromiso le han cosechado varios galardones (Premio de la Paz de los librereros alemanes, en 2016, o el Premio Theodor Wolff otorgado por el gremio de periodistas de Alemania, en 2008). En esta entrevista con PAPELES realiza un recorrido por elementos clave de nuestra realidad que amenazan con sentar las bases de un “giro autoritario”.

Nuria del Viso (NdV): Asistimos al crecimiento en Europa y en todo el mundo de la extrema derecha y del autoritarismo en general. No solo ganan apoyos en los procesos electorales, sino que expresan cada vez de forma más abierta y descarada sus visiones racistas, xenófobas, sexistas, antifeministas y homófobas que luego serán caldo de cultivo para los delitos de odio. Un ejemplo reciente es el choque con Hungría por el caso de la bandera multicolor en el estadio de fútbol. ¿Qué condiciones tienen que confluir para que se expandan y prosperen las ideas ultraderechistas y expresiones de odio en una sociedad? Esa coyuntura, ¿conecta con otras crisis de mayor calado a escala global? ¿En qué medida la izquierda o el pensamiento progresista es responsable de no haber sabido transmitir un relato atractivo que responda a las inquietudes y malestares de la ciudadanía?

Carolín Emcke (CE): Vaya, son tres preguntas en una... permíteme comenzar con la primera: no estamos experimentando una crisis singular, sino múltiple e interconectada. La combinación de capitalismo ilimitado y agresivo y economías de plataforma de redes sociales ilimitadas y descontroladas han destruido el tejido social de nuestras sociedades y la forma en que podemos comunicarnos. Hay una sensación de pérdida, una sensación de malestar social y dolor. Vemos y sentimos la destructividad de la *economización* de nuestro mundo vital, de nuestros servicios de salud, de nuestra educación. Muchos se sienten socialmente desprotegidos, políticamente subrepresentados y culturalmente no escuchados. Y, sin embargo, a pesar de que todas ellas son amenazas existenciales, soy escéptica a la hora de utilizarlas para explicar el crecimiento de movimientos neofascistas y autoritarios. Existe ese intento –desde la derecha y la izquierda– de racionalizar el racismo, el antisemitismo, la homofobia y la transfobia; existe el deseo de explicar el racismo como motivado por el miedo, la pobreza o la exclusión social, cualquiera que sea la agenda política de esa persona. Pero el racismo y la homofobia existen como racismo y homofobia. Son alimentados y motivados por el propio racismo y la homofobia. Es pensamiento mágico sugerir que con llamar al racismo algo más que racismo, entonces desaparecerá. Es ingenuo. La búsqueda de motivos sociales o económicos, de algo “razonable” envía una señal devastadora a quienes son objeto del racismo, del antifeminismo y de la homofobia y la transfobia. En lugar de centrarse en ellos, en lugar de ofrecerles más atención, más reconocimiento, más solidaridad, a menudo son los que se unen a las protestas de la derecha radical quienes reciben toda la atención y la preocupación. Debemos interrumpir ese mecanismo.

NdV: El odio y los delitos de odio son precisamente una de las cuestiones que más te preocupan, tema al que dedicaste tu libro *Contra el odio* (Taurus, 2017). Defiendes que estas dinámicas no nacen de forma espontánea, sino que se cultivan y permiten. ¿Cómo se gestan e implantan? ¿Hay distintos niveles de responsabilidad?

CE: El odio a menudo se presenta como algo individual o espontáneo. Un autobús con refugiados es atacado por una turba violenta o un hombre gay es brutalmente agredido, y el foco del público está solo en la escena, en el momento del ataque, en el fondo o en los motivos de los perpetradores. Como si odiar los cuerpos negros, morenos o trans, como si el odiar la sexualidad *queer* y gay fuera algo situacional o individual. Pero el racismo, la homo- y la transfobia o la misoginia son

fenómenos colectivos, y están organizados. Son construcciones de un “otro”, es un régimen ideológico de lenguaje, mirada, *habitus*, que busca establecer una jerarquía de los humanos, los que cuentan, los que son dignos de respeto, de protección, de cuidados, de empatía, y los que no lo son. Los responsables de un crimen de odio no son solo aquellos que actúan violentamente, sino que son también responsables todas las narrativas e imágenes –o la falta de ellas– en nuestros libros escolares, en nuestras películas, en nuestros parlamentos. En Europa tenemos que preguntarnos qué historias y qué vidas son aquellas cuyas voces se callan y se niegan.

NdV: ¿Qué papel consideras que desempeñan los medios de comunicación y las redes sociales en la manifestación y expansión del odio? ¿Qué consecuencias puede traer a una sociedad el cuestionamiento de la verdad?

CE: Evidentemente, los algoritmos de las redes sociales están programados para premiar la agresión. Hay una lógica de escalada intrínseca que desestabiliza el discurso democrático. Las economías de plataforma han podido esquivar las regulaciones más estrictas celebrando la “libertad de expresión”. La idea de la “libertad de expresión” como intocable y absoluta se ha utilizado como un caballo de Troya: ha entrado en nuestra esfera pública, o en nuestra democracia, y ha destruido lo que es clave para una democracia: la *res publica*, la idea de una realidad que tenemos en común, la capacidad de distinguir entre el bien y el mal. Ahora estamos presenciando un nihilismo epistémico donde la realidad es reemplazada por opiniones “pro-y-contra”. Muchos medios de comunicación les ha faltado coraje o han sido demasiado cobardes para decir lo que hay que decir: el racismo no es una opinión, ciertas verdades históricas no se pueden negar ni revisar.

NdV: La actual gestión de fronteras en el mundo rico se parece cada vez más a una película distópica. Por un lado, gran parte de esta realidad en las fronteras o en los centros de internamiento se oculta a los ojos de la ciudadanía, y a la vez es una realidad que se normaliza, de modo que produce una desensibilización en la mayoría, aunque hay quien pide más mano dura; solo unos pocos protestan. ¿Cuál es tu visión y valoración de las actuales políticas de fronteras en Europa?

CE: Nuestros nietos nos preguntarán un día sobre la política migratoria actual: «¿qué sabías?» y «¿por qué no actuaste y resististe?» La verdad es que sabemos

que los refugiados están muriendo en el mar Mediterráneo, sabemos que son maltratados y torturados en los campamentos de Libia, sabemos que son explotados y abandonados por contrabandistas, y conocemos el archipiélago de campamentos y leyes que les impiden vivir una vida digna. Todo el mundo sabe que Schengen fracasó, todo el mundo sabe que debe haber un sistema de distribución de migrantes más justo y humano, pero nadie quiere tocarlo y reformarlo. Más bien, el derecho de asilo, que se concede y se puede reclamar, se ha reducido a un gesto de misericordia, que se puede conceder o no y solo se puede suplicar. Es inaceptable que Europa pretenda defender aún el derecho de asilo, pero *de facto* externaliza a otros territorios los lugares donde se puede solicitar. Para los refugiados, las fronteras de Europa ya no son las fronteras de Europa, sino campamentos en Turquía, Libia u otros lugares del cinturón de países que rodea Europa.

NdV: A la vez se observa un deslizamiento creciente hacia posiciones discursivas esclerotizadas, sin matices, enfrentadas, que polarizan el espacio político y la vida social. ¿Qué efectos tiene ese proceso sobre nuestra visión de la realidad? ¿Hasta qué punto los elementos que confluyen actualmente están limitando o corrompiendo el espacio de debate público?

CE: No estoy de acuerdo con los análisis de polarización. La polarización suena como si hubiera dos polos con el mismo peso. Esa aproximación puede encajar para la estructura social y política de los Estados Unidos, pero creo que en Europa más bien asistimos a una representación asimétrica de los movimientos autoritarios neonacionalistas. No representan a la mayoría. No representan a “la gente”. No presentan “lo normal”. En Alemania, la AfD es un partido fundado por académicos e intelectuales; en Gran Bretaña, UKIP fue fundado por Nigel Farage, hijo de un corredor de bolsa y más tarde miembro del Parlamento Europeo. Otro tanto puede decirse de Abascal, Ortega Smith, Espinosa de los Monteros o Monasterio en el caso de Vox. Los neofascistas pertenecen al *establishment* político, su enfoque económico es beneficioso solo para las clases medias; no abordan ninguna desigualdad política o social real, solo simulan cercanía con “la gente”. Por cierto, esta es la razón por la que estos movimientos y partidos rechazan el sistema de radiodifusión pública, porque rechazan el bien común, rechazan la esfera pública democrática. Así es que rechazo los diagnósticos de que realmente tenemos un panorama político polarizado. El tema de la “polarización” es más bien parte de una narrativa política que intenta presentar la crítica del odio y la falta de respeto como “censura”, que trata de distinguir información y desinformación como “sesgo”

o “falta de neutralidad” o “cultura de la cancelación”. Estoy de acuerdo en que hay que ser cuidadoso a la hora de combatir el racismo o el populismo. No creo que se pueda luchar contra el populismo con el mismo populismo. No se puede combatir el resentimiento con más resentimiento. Tenemos que asegurarnos de que en la lucha contra el dogma no nos volvamos miméticamente dogmáticos. Tenemos que ser autocríticos, precisos, tiernos, divertidos, llenos de deseo, con una visión de una sociedad mejor, más justa, más inclusiva.

NdV: Esta evolución de la realidad está poniendo de manifiesto varias dinámicas muy preocupantes para nuestras democracias y para nuestra cohesión social. Parece estarse produciendo un encapsulamiento deshumanizante hacia el dolor ajeno. ¿Qué suponen estas dinámicas para los valores de universalismo humanista que Europa proclama?

CE: Creo que hay que buscar un discurso político que permita ambas cosas: permitir que los grupos marginados expresen su dolor y deseo, que se escuche y se vea a aquellos y a aquellas cuyas historias o realidades son en su mayoría ignoradas o ridiculizadas por la forma en que aman o rezan, porque la forma en que lloran o miran es diferente a la norma. Es posible concebir grupos sin asignarles actitudes esencialistas. Se puede pensar en ellos como agrupaciones que comparten experiencias existenciales, que comparten una realidad social común, y a la vez sin ignorar la riqueza y diversidad de los individuos dentro de estos grupos. Pero al mismo tiempo, necesitamos superar el discurso de la identidad y la diferencia, y buscar similitudes. Solo podemos criticar la injusticia y la desigualdad si comprendemos una dignidad humana común, de igual valor, de un “nosotros” universal. Necesitamos deshacer la lógica de las jerarquías de los humanos, necesitamos volver a aprender a entender la diversidad como un regalo y no como una carga. Siempre me sorprende cómo partidos neonacionalistas como Vox intentan construir la pluralidad como una amenaza. ¿Cuán insegura puede ser su identidad cultural o religiosa si les preocupa que la mera existencia de alguien con diferentes prácticas o creencias debilite la suya? ¿Qué tan inestable es tu fe, si temes a la de otra persona? Se llaman a sí mismos *neconservadores*, pero no parecen entender que no conservas tu identidad rechazando la de los demás. Es una comprensión hipocondriaca tanto de la identidad nacional como de la masculina. Quieren abandonar o prohibir la educación sobre temas LGTBQ+ en las escuelas ¿Por qué? ¿De verdad piensan que los niños se volverían homosexuales con solo leer sobre los homosexuales? Bueno, me criaron con libros y películas totalmente

heteronormativos y heterosexuales... y soy *queer*. Así que, simplemente, no funciona de esa manera. Podemos pensar en el dolor de los demás, podemos imaginar las experiencias de los demás, podemos tener empatía y ofrecer nuestra solidaridad sin ser heridos narcícticamente, o sentirnos insultados o amenazados. Tenemos que volver a aprender una forma de conexión social que no requiera homogeneidad. La identidad no es una condición necesaria para los derechos humanos; la diferencia no es motivo suficiente para la exclusión. La democracia no es una certeza estática, sino que es un ejercicio dinámico para lidiar con la incertidumbre y la crítica. Una sociedad libre, laica y democrática es algo que debemos aprender, una y otra vez, escuchándonos unos a otros, actuando juntos.

NdV: El concepto de libertad, uno de los grandes pilares de nuestras democracias liberales, aparece actualmente sometido a grandes tensiones, confusión y malentendidos. Además, se trata de un valor que ha sido tradicionalmente reivindicado desde los sectores progresistas, pero que parece que se está resignificando desde posiciones conservadoras e individualistas. ¿Cómo interpretas estas tensiones en torno al concepto de libertad? ¿Qué dice este asunto de nuestro presente?

CE: La libertad ya ha sido utilizada y ha sufrido abusos por parte de los defensores del capitalismo agresivo y radical. Como lo ha formulado la teórica política Wendy Brown, «El neoliberalismo gobierna como un sentido común sofisticado, un principio de realidad que rehace las instituciones y los seres humanos allá donde se asienta, anida y se afirma».¹ Entonces, ya desde hace tiempo ha sido reclamado y abusado por sectores no progresistas. Cuando escuchamos hoy, en tiempos del coronavirus, sobre el movimiento negacionista en sus protestas, sus reclamaciones para defender la “libertad”, mientras grita consignas antisemitas, mientras se enfurece contra una supuesta “dictadura”... es una actuación pseudo disidente que secuestra la idea de libertad, y se trata tan solo de un intento de crear fragmentación y subvertir la cohesión social. Los “falsos profetas” –como los llamó Leo Löwenthal en su legendario estudio de los agitadores fascistas en los Estados Unidos en los años cuarenta– no se preocupan de las inquietudes razonables de la gente, no se preocupan por la libertad como emancipación de la opresión o el dogma; simplemente quieren incitar y dirigir el odio y el resentimiento en la dirección que prefieran.

¹ Wendy Brown, *Undoing the Demos*, Zone Books, Nueva York, 2015, p. 35. (Traducción propia de la editora).

NdV: En tu conferencia en el CCCB señalabas que «Lo que me preocupa es el mecanismo de exclusión y agresividad con que la gente ataca a los demás». Ciertamente muy preocupante porque indica que la argamasa que une a la sociedad, al menos en las sociedades postindustriales, se está degradando rápidamente ¿Cómo restituirla y a través de qué estrategias? ¿Estamos a tiempo?

CE: Existe esta actitud como si existiera un límite para otorgar iguales derechos o igual respeto. Como si fuera bastante sorprendente que a las mujeres se les permita trabajar, pero ¿por qué también buscan la misma remuneración?, como si eso fuera demasiado. Como si estuviera bien para LGTBIQ+ exigir igualdad, pero eso no pudiera significar totalmente igual, ¿verdad? Eso sería demasiado... eso significaría igualdad. Lo que me preocupa es que el respeto por los demás se ha vuelto condicional. Como si el respeto fuera algo que uno solo pudiera darse el lujo de ofrecer si se encontrara en una posición privilegiada. No. El respeto es razonable. Siempre. Y hay que defender el respeto y la igualdad incluso aunque nunca te sea negado, aunque personalmente no estés afectado por el racismo o por la homo- o transfobia. No quiero vivir en una sociedad donde solo los judíos luchan contra el antisemitismo, solo los negros contra el racismo, donde solo los musulmanes defienden su fe o sus prácticas, o donde solo los LGTBIQ+ defienden sus cuerpos y sus deseos. Quiero que otros defiendan mis derechos como yo defendiendo los suyos. Si todos solo responden a lo que les afecta, perdemos de vista las estructuras de exclusión y cómo se entrelazan diferentes tipos de resentimiento. Y perdemos de vista las alianzas de solidaridad y nuestros deseos políticos comunes.

Nuria del Viso Pabón es miembro de FUHEM Ecosocial y forma parte del consejo de redacción de la revista PAPELES.

